

# EL LEGADO DE RAMÓN MÉNENDEZ PIDAL (1869-1968) A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI. INTRODUCCIÓN\*

Inés FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ\*\*

Universidad Autónoma de Madrid

En los años 2018-2019 un sinfín de instituciones se ha sumado a las celebraciones del bienio pidalino, que, promovido por la Fundación Ramón Menéndez Pidal, conmemora, de forma consecutiva, los 50 años transcurridos desde la muerte de Pidal en 1968 y los 150 años desde su nacimiento en 1869. Este volumen es el tributo que la *Revista de Filología Española* rinde a su fundador a propósito de esa efeméride. Cuando hace un año recibí el honor y la responsabilidad de coordinarlo como Anejo de la revista, quise que estuvieran representadas todas las áreas que fueron el centro de la investigación pidalina. La desmesura colosal de la obra de Menéndez Pidal lo ha hecho factible solo en parte, pero, al menos, sí comparecen las fundamentales. También fue mi empeño combinar textos elaborados por especialistas de trayectoria destacada con los de investigadores noveles, todos ellos aunados por la atracción sentida hacia la figura de Pidal y congregados al común interés por su obra y los campos que roturó por vez primera. A menudo los planteamientos teóricos y la metodología pidalina, revolucionarios en su tiempo, no mantienen vigencia y nuestra visión sobre ellos es crítica hoy, a principios del siglo XXI. ¡No podría ser de otra forma! Esa perspectiva domina muchas de las contribuciones de este volumen pero, simultáneamente, revela la preocupación que siguen suscitando los ámbitos abiertos y transitados por don Ramón. Aunque la revisión crítica sea el ineludible efecto del paso del tiempo, debe resaltarse que muchas veces no se ha

---

\* Este trabajo se inscribe en el proyecto «La filología en la Edad de Plata de la cultura española. Los materiales inéditos del Centro de Estudios Históricos» (Ayudas de la Fundación BBVA a Equipos de Investigación Científica en Humanidades Digitales 2019). Quiero agradecer aquí la inestimable ayuda de Alba Aires Salvador, asistente de investigación (PEJ-2017-AI-HUM-6980), y de María Sánchez Luque, de la Editorial CSIC, en todo el laborioso y largo proceso de revisión editorial.

\*\* Correo electrónico: ines.fernandez-ordonez@uam.es. Código ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4512-7761>.

levantado un edificio parangonable y que, pese a los defectos advertidos en el anterior, seguimos privados de otro global que lo sustituya. Además, se suelen dar por consabidos y no merecedores de recuerdo los titánicos logros pidalinos cuando ya forman parte del saber consolidado. Con todo, es precisamente así cómo debemos entender la continuidad del legado de Menéndez Pidal: no tanto como una herencia inerte sino, sobre todo, como un ejemplo de cara al futuro, como un rayo de luz que alumbró el afán contumaz de superar el conocimiento recibido.

Abre este tomo un perfil biográfico inédito de Ramón Menéndez Pidal escrito por su nieto, Diego Catalán, y cuya publicación ha sido posible gracias a la gentileza de la Fundación Ramón Menéndez Pidal, al igual que la reproducción de las muchas imágenes de papeletas y notas manuscritas que en ella se conservan. Magnífica síntesis de la vida y actividad pidalina, este perfil es la puerta de oro que da paso al tesoro de trabajos aquí acopiados.

La primera sección, «Los proyectos de Menéndez Pidal y su escuela», está imbuida por la admiración que aún engendra la actividad desbordante de don Ramón y la importancia que tuvo para la definitiva institucionalización de la filología en España, en un ambiente no siempre propicio. A él se debe la formación, por vez primera en nuestra historia, de equipos de investigación en humanidades y de una escuela que compartía objetivos, preocupaciones y métodos, lo cual, como sucede con todas las creaciones *ex novo*, no dejó de suscitar recelos (Juan Carlos Conde López). Entre la infinidad de proyectos que acometió el Centro de Estudios Históricos (CEH) bajo la dirección de Menéndez Pidal y que fueron truncados por la Guerra Civil, es apasionante la historia del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* y de los dialectólogos que trabajaron en él, como Lorenzo Rodríguez Castellano (Jose Ignacio Pérez Pascual). En el terreno del léxico, Menéndez Pidal también impulsó la creación de glosarios varios en el CEH: eran bien conocidos el extraído de *Orígenes del español* y el descomunal glosario medieval y dialectológico compilado bajo la dirección de Américo Castro. A ellos se añaden ahora un glosario basado en los *Documentos lingüísticos del reino de Castilla* y el llamado *Vocabulario*, repertorio léxico medieval y dialectal que probablemente elaboró Pidal antes de 1908 y de que comenzara a promover los muchos más ambiciosos del CEH (Esther Hernández). Otra faceta en que no se ha destacado suficientemente la labor de Menéndez Pidal en el Centro fue como atento receptor de la teoría de la crítica textual, lachmanniana y de otras corrientes, que circulaba entonces en la Europa contemporánea, y su puesta en práctica como decidido impulsor de proyectos de edición crítica de textos medievales y clásicos de la cultura española (Ramón Santiago Lacuesta). Y en una dimensión institucional, en el CEH se iniciaron los primeros cursos de español para extranjeros, determinantes en la formación de profesores que desempeñarían su labor luego en los Estados Unidos de América (Mario Pedrazuela). Cuando llegó el exilio, la escuela pidalina, si bien expulsada de sus infraestructuras, siguió trabada por una profunda amistad y mantuvo contacto continuo por correspondencia (Milagro Laín).

Otros proyectos de Menéndez Pidal quedaron interrumpidos no tanto por las circunstancias externas como por la excesiva ambición de sus planteamientos y la falta de tiempo para llevarlos a término. Un caso meridiano es el del «Diccionario Calpe», que quería ser un diccionario sincrónico «total» —de todas las áreas geográficas y de todos los registros— y del que Pidal supo salirse a tiempo, a riesgo de paralizar toda su otra actividad y la de su escuela (Pedro Álvarez de Miranda). Otro proyecto que no llegó a ver la luz es el del libro, hasta ahora ignoto, dedicado a la obra de su maestro Marcelino Menéndez Pelayo, *Etapas en la vida y obra de Menéndez Pelayo*, sobre el que trabajó en varias épocas de su vida de forma intermitente (Sara Bellido).

En realidad, en el momento de su muerte también permanecían inéditas, e incompletas, las dos magnas obras de Menéndez Pidal para las que acopió materiales a lo largo de toda su vida: la *Historia de la lengua española* y la *Historia de la épica española*. Si la primera se retrasó, ello se debió a que don Ramón se perdió en los vericuetos que le supuso establecer los orígenes prerromanos y románicos de la lengua española, los periodos previos a que esta alcanzase documentación escrita. Los trabajos reunidos en su *Toponimia prerrománica hispana* (1952) —originalmente publicados entre los años 1918 y 1952—, responden a esa voluntad de aclarar el pasado prehistórico peninsular. Hoy en día, la documentación disponible sobre las lenguas paleohispánicas ha superado con creces la disponible a mediados del siglo pasado y, con esos nuevos datos, se han probado poco válidas muchas ideas sobre las que trabajó Pidal, como el vascoiberismo, la existencia de un sustrato mediterráneo preindoeuropeo o de otro ilirio-ligur, común a áreas de la Península Ibérica, Francia e Italia. También difiere la metodología, que aconseja actualmente distinguir entre topónimos acreditados en fuentes antiguas y topónimos modernos, entre topónimos originarios y derivados por uso de una base o sufijo de origen prerromano, entre la toponimia del eusquera, lengua aún viva, y la del resto de lenguas paleohispánicas desaparecidas, etc. (Eugenio Luján). Este terreno siempre resbaladizo e inseguro de la toponimia es quizá en el que peor han sobrevivido las semillas pidalinas.

Junto a la exploración de la situación lingüística remota, Menéndez Pidal se detuvo en reconstruir la «situación lingüística de la Península Ibérica hasta el siglo XI», como precisa el subtítulo de sus *Orígenes del español* (1926), libro que se ha considerado, por muchos motivos, la obra cumbre en investigación lingüística de Pidal. Pese a ello, la detallada reconstrucción, entre los resquicios de la documentación latina, de las briznas románicas de los siglos IX al XI levanta hoy voces críticas por la documentación sobre la que se erige, no siempre original sino en ocasiones procedente de cartularios y copias tardías, el sesgo ideológico procastellano con que se analizaron los datos, y la interpretación de la escrituraseudolatina como reflejo directo de la oralidad, el llamado latín vulgar leonés. La idea de que esas formas semilatinas se originaron por la deficiente cultura latina de los amanuenses y por la interferencia con el romance hablado está hoy ampliamente aceptada, pero no lo está tanto la constatación de que, analizada la docu-

mentación, ese «latín vulgar leonés» no estuvo tan extendido, sino que se concentra en escritorios precisos y en escribas concretos, como algunos del monasterio de Santa María de Otero de las Dueñas (José Ramón Morala Rodríguez). Otro problema poco atendido es la ausencia de un criterio claro para separar las formas que Menéndez Pidal clasifica como arcaicas, cultas o dialectales. Lo «arcaico» puede serlo debido a la conservación posterior de un rasgo previo, pero, a la par, Pidal tilda de «arcaicas» innovaciones correspondientes al castellano norteño simplemente por no coincidir con el central de Burgos (María Jesús Torrens). Ese sesgo interpretativo se percibe aun más en la documentación de Cardaña, que contradice la del vecino Burgos y se agrupa con la del norte, no corroborando que el «arcaísmo» o el «dialectalismo» fuera privativo del castellano septentrional (Emiliana Ramos Remedios). La orientación castellanista se percibe asimismo en otro rasgo arcaizante que Menéndez Pidal atribuyó en exclusiva al castellano de Cantabria —junto al leonés y al aragonés— y del que liberó al resto del castellano: la conservación de la vocal *-u* final. Con todo, el análisis de la documentación primitiva asegura que la *-u* estaba presente tanto en Castilla como en León y Aragón, y que su empleo en Cantabria resulta de su reinterpretación posterior al servicio de la marca de discontinuidad en el masculino (M.<sup>a</sup> Carmen Moral del Hoyo).

La sección «Historia de la lengua e ideas lingüísticas» agrupa trabajos de naturaleza variada en los que se reflexiona sobre la perspectiva ideológica con que Menéndez Pidal aborda la variación diacrónica y dialectal, estudios sobre los textos empleados para investigarla, como los fueros, y alguna cuestión relativa a la gramática histórica. La *Historia de la lengua española*, para la que Menéndez Pidal reunió materiales durante más de cuarenta años, no llegó a una versión definitiva en las secciones redactadas del texto, y ni siquiera alcanzó redacción alguna de 1680 en adelante, aunque fue publicada en 2005, muchos años después de su muerte, gracias al buenhacer de Diego Catalán. Los materiales que contienen las notas personales de Pidal destinadas al proyecto hacen posible explorar las fuentes teóricas sobre las que se organizó la singular periodización de la obra, así como los problemas que le plantearon esas ideas al abordar la segmentación histórica entre los siglos XVI, XVII y XVIII, hecho que quizá motivo la interrupción de la redacción en las postrimerías del periodo barroco (Álvaro Octavio de Toledo y Huerta). Aunque Menéndez Pidal prestó menos atención a los dialectos «modernos» que a los «históricos», en su *Historia de la lengua* trata por extenso de la historia lingüística de Andalucía y sentó las bases, aún hoy vigentes, sobre el origen del seseo y el ceceo, si bien algunos aspectos, como la historia de la difusión del fenómeno al antiguo reino de Granada, no parecen plenamente satisfactorios (Rafael Cano Aguilar). También es revelador el destacado papel concedido a la lengua española en América en esos mismos materiales y en la propia *Historia* (Marta Puente González). Por otro lado, la sección del archivo pidalino dedicada al siglo XX contenía papeletas en torno a la «España vulgar dialectal» que ayudan a entender el concepto de vulgarismo en Pidal, fundamentalmente

visto como resto de un estado lingüístico más antiguo y que ha quedado relegado a zonas rurales discontinuas. Sin embargo, dentro de los llamados «vulgarismos» conviene diferenciar distintos tipos: arcaísmos, innovaciones poligenéticas y empleos que responden en realidad a un patrón geográfico sin que lleguen a alcanzar difusión general (Carlota de Benito Moreno). Crucial en toda esta discusión sobre las variedades y los niveles de lengua, entre lo oral y lo culto y escrito, es el concepto pidalino de conciencia lingüística, a caballo de lo individual y lo colectivo, dualidad cuya articulación teórica fue esencial tanto en las investigaciones literarias como en las lingüísticas de Pidal (José María García Martín).

Menéndez Pidal, desde el CEH, impulsó no solo la edición de documentos antiguos y textos clásicos, sino también de fueros. La importancia que les concede como vía de acceso a la lengua medieval se revela en su presencia regular bien entre los *Documentos lingüísticos* (1919), bien como fuentes de los *Orígenes del español*, bien en la *Crestomatía del español medieval* (elaborada en el CEH pero que vio la luz tardíamente, 1965-1966). Con todo, esa novedosa y rigurosa labor editorial, en la que quiso distanciarse de las inexactitudes que percibía en la tradición editorial previa, obra de juristas, no está exenta de claroscuros. Uno es no haber recurrido siempre a los manuscritos y haberse conformado con las problemáticas transcripciones anteriores. Otro, el haberse inclinado por hacer leonés el *Fuero Juzgo* romanceado, desentendiéndose de los manuscritos castellanos más antiguos, en su afán por trazar una historia paralela entre la tradición jurídica, la literaria y la lingüística, y en la que Castilla se erigía foco innovador en todas ellas (Mónica Castillo Lluch). Un texto empleado recurrentemente en *Orígenes*, y proporcionalmente más que otros fueros, es el *Fuero General de Navarra*, testimonio fundamental para la historia de la escritura romance del que conservamos varias versiones a lo largo de la Edad Media. Pese a que su datación es controvertida, todo parece indicar que la primera versión se compuso hacia 1234, si bien no es totalmente descartable la existencia de versiones anteriores desde principios del siglo XIII (Fernando González Ollé).

La gramática histórica y la etimología, dos campos que atrajeron la atención de Pidal con resultados que han perdurado en gran medida hasta el día de hoy, están, por falta de espacio, poco representados en este volumen. No obstante, una muestra de cómo las observaciones pidalinas abrieron nuevas ventanas investigadoras es el análisis del variado empleo medieval de la conjunción *ca* y de sus posibles orígenes etimológicos latinos, para advertir la posibilidad del entronque, hasta hoy no sopesado, de algunos usos con la partícula árabe *quad* (Rosa Espinosa Elorza).

La épica y el romancero forman parte de una misma sección en este volumen porque, en la visión pidalina, el uno era la prolongación viva de la otra. Junto a la *Historia de la lengua*, la *Historia de la épica* fue otra de las magnas empresas de Menéndez Pidal que quedaron inconclusas y que se dio a conocer póstumamente (1992). Otro tanto sucedió con el proyecto del *Romancero General Hispánico*, que no llegó a ver culminado. Esos dos campos fueron objeto de su atención

más de sesenta años, desde *La leyenda de los infantes de Lara* (1896) y la edición y estudio del *Cantar de mio Cid* a principios del siglo xx hasta *Reliquias de la poesía épica española* (1951), el *Romancero hispánico (hispano-portugués, americano y sefardí)*. *Teoría e investigación* (1953), *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas* (1957), *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo* (1959) y el arranque de la publicación, una década antes de su muerte, de la serie dedicada al *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas* (desde 1957 y que continúa hoy día). Aunque quizá la labor más notoria de Menéndez Pidal fue la edición e identificación de todos los textos que, entendía, formaban parte de la epopeya española —generalmente conservados en prosificaciones—, no por ello prescindió de reflexionar sobre la poética del género. Comparado con los parámetros aristotélicos, Menéndez Pidal fijó los pilares ideológicos y formales de la épica española en su realismo (o historicismo), en el verso anisilábico y asonante, en la existencia de un héroe esforzado ante la adversidad que suscita admiración, y en una trama con unidad argumental. La mayor diferencia con la poética del Estagirita radica en haber diferenciado tres niveles de mimesis posible, el historicismo de los cantos noticieros y las crónicas, el verismo de los cantares de gesta —en el que el fondo histórico incluye elementos ficticios por razones poéticas— y el verosimilismo de las refundiciones en verso y prosa —ya plenamente fabulosas— (Alberto Montaner Frutos). Por otro lado, la edición del *Cantar de mio Cid* de don Ramón, en versión paleográfica y crítica, y el estudio del léxico y la gramática del poema, sentaron las bases de nuestro conocimiento de la lengua medieval y se dio por seguro, a la vista de la fecha defendida por Pidal para el *Poema*, 1140, que muchos aspectos de la lengua en que estaba escrito remontaban a esa época. Sin embargo, algunos rasgos supuestamente arcaicos a veces se documentan hasta finales del siglo XIII y otros, una vez contrastados minuciosamente con la documentación contemporánea, solo son compatibles con la fecha del código transcrito por Per Abbat de 1207 y con una localización geográfica ubicada en el norte de Burgos, área en que plausiblemente se realizó esa copia (Javier Rodríguez Molina).

La actividad recolectora y estudiosa de don Ramón sobre el romancero fue acompañada de la divulgativa: su *Flor nueva de romances viejos* (1928) alcanzó tanto éxito que algunas de sus versiones, en cuyo ensamble intervino Pidal, se incorporaron a la tradición oral. Es el caso interesantísimo del romance *El pastor desesperado*, el cual procede de una versión facticia creada por Pidal a partir de otras librescas, con versos de su propia invención (Antonio Cid). La explicación de los romances a raíz de un suceso histórico desencadenante y/o desde el punto de vista antropológico, como respuesta a problemas emergidos en la sociedad que conserva y difunde el texto, ha sido una seña de identidad de la escuela pidalina. Cada uno de los versos del romance de *La loba parda*, también con una segunda vida tradicional adquirida sobre la versión de *Flor nueva*, descubre la cultura pastoril vigente en las cañadas transhumantes españolas desde el siglo xvii (Javier Asensio García y Nicolás Asensio Jiménez). En cambio, el romance de la

*Muerte del príncipe don Juan* fue compuesto a raíz del fallecimiento del heredero de los Reyes Católicos en 1497. Después de que se descubriera en la tradición oral moderna por Menéndez Pidal y María Goyri en su viaje de novios en 1900, se han identificado más de 500 versiones, divididas en 11 tipos básicos, que resuelven de forma diversa el núcleo temático, la muerte prematura de un joven y el desconsuelo de su viuda embarazada. Dentro de ellos, hay tipos mixtos que obedecen a una de las dinámicas más interesantes del romancero: la contaminación de un romance con versos de otro, como sucede con la *Muerte del príncipe don Juan y Tristán e Iseo* (Clara Marías).

La última sección de este tributo al legado de Menéndez Pidal está dedicada a la historiografía y, cómo no, a la *Estoria de España* (1270-1284) de Alfonso X el Sabio. Las crónicas medievales tuvieron para don Ramón un interés subsidiario. Eran la herramienta necesaria para acceder a los textos perdidos de la épica medieval que, casi siempre, solo se conservaban prosificados y entreverados en el relato histórico de las historias latinas y romances. Obsesionado con recuperar esos poemas, Pidal se vio abocado a establecer la cronología y tipos principales de *Estorias de España*, principalmente derivadas de la de Alfonso el Sabio, a la que bautizó como *Primera crónica general*. Su edición de la *Estoria de España* (1906) a partir de dos códices, uno del *scriptorium* alfonsí y otro facticio posterior, sigue siendo la única disponible en papel. Aunque gracias al trabajo hercúleo de Diego Catalán hoy sabemos que esos manuscritos solo en parte reflejan el texto genuino alfonsí —y que la relación estemática propuesta por su abuelo para los tipos cronísticos derivados debe modificarse—, apenas sabíamos nada hasta ahora de las circunstancias que rodearon la gestación de esa edición pionera, cuyos antecedentes en la elección de los códices se remontan a sugerencias hechas por algunos eruditos desde principios del siglo XIX y que Pidal supo seguir oportunamente (Francisco Bautista). Por otro lado, la relación de fuentes por capítulos que se ofreció en la reedición de 1955 está necesitada de una profunda actualización, dado que hoy ha podido identificarse incluso la filiación de los manuscritos latinos de las fuentes que fueron traducidas por el taller de Alfonso el Sabio para conformar la *Estoria de España*, como, por ejemplo, el *Chronicon mundi* de Lucas, obispo de Tuy (Enrique Jerez Cabrero). Además, nuestra interpretación de las razones que motivaron la evolución textual de la *Estoria* también ha cambiado. Menéndez Pidal se limitó a cotejar las versiones cronísticas sobre todo en los pasajes de procedencia poética, por lo que tendía a imaginar un poema detrás de cada modificación del relato. En cambio, los cronistas son hoy vistos como ciertos creadores duchos en emplear un discurso fabulado para ganar efectividad, sin que ello presuponga ineludiblemente que recurran a la tradición poética oral. Otra cuestión candente es si esa ficcionalización propia de las versiones postal-fonsíes de la *Estoria de España* —como la *Versión amplificada* de Sancho IV y la *Crónica de Castilla*, y sus continuaciones, como la *Crónica particular de San Fernando*, la *Crónica de Alfonso X* y subsiguientes— debe enmarcarse en el ámbito regio o nobiliario (Manuel Hijano Villegas).

*Finis coronat opus.* Ramón Menéndez Pidal levantó los cimientos de la filología española, concibió tareas colosales y fue capaz de llevar a cabo buena parte de ellas. Aún nos asombra la inmensidad de lo por él acometido. Supo instaurar el trabajo en equipo en humanidades y fundó una amplia y devota escuela que, tras su muerte, continuó roturando los surcos por él abiertos. Se desprendió de la retórica hueca y supo exponer, en un lenguaje llano y accesible, pero no exento de hallazgos metafóricos y símiles brillantes, sus investigaciones. Los proyectos, las ideas y los métodos de Menéndez Pidal responden al tiempo y la circunstancia que le tocó vivir y, como no podría ser de otro modo, hoy ha cambiado nuestra forma de ver las cosas y somos críticos con muchos de sus planteamientos. Sin embargo, si su recuerdo ha perdurado en nuestra memoria no es tanto por los caminos abiertos y los hitos alcanzados (que también), sino sobre todo por los valores que transmite su ejemplo. Son esos valores los que mantienen una absoluta actualidad: el compromiso con la investigación rigurosa y bien hecha, basada en el planteamiento de problemas nuevos y complejos, con ambición de miras, alejada del afán rápido de notoriedad y de las prisas por publicar escribiendo de acarreo. La conciencia de que el buen investigador y el buen maestro, por muy singular que sea en sus virtudes personales, es el eslabón de una cadena y que lo verdaderamente importante es el trabajo en equipo y la continuidad de los proyectos. La generosidad con los demás. La honestidad intelectual y personal, probada con el ejemplo del comportamiento propio, siempre rehuyendo la crítica fácil y desmesurada del ajeno. La lealtad institucional y el compromiso con el bien público. Son precisamente esos valores los que explican que la figura de Ramón Menéndez Pidal haya trascendido a su presente.

# RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL. UN PERFIL BIOGRÁFICO

Diego CATALÁN

Ramón Menéndez Pidal nació el 13 de marzo de 1869 en La Coruña de padres asturianos. Comenzó su bachillerato en Albacete y estudió en Madrid. Como hijo menor de una madre prontamente viuda, creció vinculado, afectiva e intelectualmente, a algunos de sus hermanos mayores más próximos en edad. Juan le influyó en sus aficiones literarias e históricas y le marcó camino en algunos campos.

Ramón guardaría de por vida recuerdos nostálgicos de su mocedad en los altos del Puerto de Pajares; pero pronto hizo de Madrid (y de la Sierra de Guadarrama en sus dos vertientes) su centro intelectual y sentimental. Su casamiento en Madrid con María Goyri (1900), una mujer vasca, hija de madre soltera, con una educación entonces rara (fue la primera mujer en España que empezó y acabó una carrera universitaria asistiendo, entre hombres, de una forma regular a las aulas), constituyó el primer paso importante en la redefinición personal de Ramón, quien había hecho su entrada en los círculos intelectuales de Madrid como vástago de la rama pobre de un poderoso clan político-intelectual muy conservador (los Pidal). Aunque ya para entonces tenía claro el campo al que había de dedicar su labor, fue con el apoyo de María como Ramón logró alejarse de la vida pública no profesional y tomar distancias respecto a su círculo familiar. Otro factor que contribuyó a afirmar su estilo intelectual fue su aproximación a los «institucionistas», quienes se definían como apolíticos, pero que representaban un grupo ideológico reformista fuertemente cohesionado y muy activo. La pareja Menéndez Pidal/Goyri compartía con los pedagogos de la Institución Libre de Enseñanza gustos y objetivos: un concepto laico de la sociedad, una novedosa pasión por la naturaleza virgen de España, a la vez como ámbito personal de solaz y como «solar» del «hombre español», al que atribuían la formación de los caracteres primordiales de la colectividad hispana, y una creencia de que el esencial «popularismo» de la historia y cultura de esa colectividad no debía confundirse con el «casticismo» oficial y superficial que venía impidiendo la integración

de España en el mundo moderno de las naciones científicamente desarrolladas, y, en fin, una fe en la posibilidad de construir paso a paso para ella unas bases culturales nuevas mediante la labor coordinada de unos cuantos hombres no contaminados por la política.

Ramón Menéndez Pidal fue generacionalmente un hombre del 98. Es cierto que su personalidad y su talante intelectual no coinciden con el de los creadores de obras literarias que solemos adscribir a la «generación del noventa y ocho», los cuales fueron básicamente «ensayistas» (por más que enmarcaran sus escritos en géneros convencionales: novela, poesía, teatro). No obstante, al igual que ellos, hubo de formarse a sí mismo mediante la lectura, no en las aulas, y, si algo influyó en él el respetado «maestro» de la precedente generación Marcelino Menéndez Pelayo, fue como «antimodelo», como el «sabio polígrafo» que él no estaba interesado en ser. Al igual que los grandes «ensayistas» de aquella generación, consideró que en España todo estaba por hacer y que era preciso renovar la conciencia de la colectividad para sacar a la nación del atraso plurisecular y estancamiento en que se hallaba y para echar unos cimientos sobre los que construir sólidamente un futuro nuevo. Al igual que ellos, pese a este deseo de hacer salir a España del «marasmo» casticista, siguió siendo personalmente, cara a Europa o América, «provincianamente» español, y concibió su personal contribución a la remodelación de España como desarrollo de potencialidades latentes en la «intrahistoria» de la Península. Y, en fin, al igual que ellos, creyó que la «nación española» era una «invención» (en el sentido etimológico de la palabra, esto es, un hallazgo) que se debía fundamentalmente a Castilla, y que en ese proyecto nacional, con el cual a fines de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna se habían identificado las regiones periféricas peninsulares, no cabía dar marcha atrás.

Pero a Ramón Menéndez Pidal le separan de los grandes escritores del noventa y ocho rasgos diferenciales profundos. En primer lugar, una visión positiva de España como civilización *sui generis*, cuyas peculiaridades podían asumirse afirmativamente, sin necesidad de recurrir a piruetas dialécticas como el unamuniano «¡que inventen ellos!». Y sobre todo, el concebir su contribución a la integración de España en Europa como una tarea que exigía rigor metodológico y, a la vez, una mesura y falta de vanidad personales que ocultasen la seguridad absoluta en el carácter esencial e ineludible de la obra de reconstrucción del pasado a que estaba dispuesto a dedicar su vida. Su método (manifiesto tanto en sus primeras grandes obras *La leyenda de los infantes de Salas*, 1896; *Cantar de Mio Cid*, 1908-1911, como en sus obras menores de aquella época) se basó en la utilización del utillaje intelectual desarrollado por la «ciencia» humanística puntera en la Europa del último tercio del siglo XIX, la «filología»; y su propósito fue levantar desde los cimientos una nueva historia de España, lingüística, literaria, institucional y social, cultural y política. Esa nueva historia debía olvidar las grandilocuencias exaltadoras de los fastos históricos nacionales y marginar las apasionadas evaluaciones de los defensores y detractores de la Tradición y del Progreso, para

atender a la minuciosa recolección de datos en textos y documentos y de la boca de los hablantes y portadores de cultura tradicional, recorriendo archivos y bibliotecas, ciudades, pueblos y aldeas de España, sin olvidar tampoco los fondos documentales dispersos por el mundo.

Desde sus treinta y pocos años, Menéndez Pidal se trazó ya un riguroso y ambicioso plan que se refleja en un curioso apunte («Planes, 10 julio 1901») en el cual enumera los libros que proyectaba realizar en el primer cuarto de siglo, precedidos de la fecha en que pensaba acabarlos:

Diciembre 1901: Gramática del Poema del Cid; Diciembre 1902: Crestomatía [del español]; Diciembre 1904: Romancero general; Diciembre 1906: Leyenda del Cid; Diciembre 1907: Bibliografía de crónicas; Diciembre 1910: El castellano en América; Diciembre 1912: Historia del idioma español; Diciembre 1914: Gramática histórica del español; Diciembre 1919: Historia de la literatura antigua; Diciembre 1925: Edición de las Crónicas generales [de España].

La realidad de la vida le impondría un ritmo mucho menos acelerado de producción; pero, en conjunto, seguiría fiel durante toda su vida a ese proyecto. Cuando en los años 30 dirigía, desde el Centro de Estudios Históricos (creado por la Junta para Ampliación de Estudios), un prestigioso grupo de investigación, aún aspiraba a realizar esa historia total según, con irónica nostalgia, recuerda, tras la *débâcle* de la Guerra Civil, uno de los más representativos miembros del grupo, Américo Castro:

Le han fascinado, y con razón, las grandezas del pasado, y ha concebido su propia obra en escala inconmensurable. Para un hombre de su salud férrea... parecía posible alzar babélicamente la historia de la lengua, de la épica, de la civilización española en general, la de la literatura... Todos éramos españoles, y pensábamos que las cosas se hacen o no se hacen. *Tot o res.*

En los años 10, 20 y comienzos de los 30 del siglo xx, Menéndez Pidal, desde la Junta para Ampliación de Estudios y desde la Academia Española, fue una de las personas que influyeron más decisivamente en la reformulación de la aportación hispana a la historia y a la cultura universales y asimismo en la nueva conciencia que los españoles tienen acerca de su herencia histórica, a la vez que introducía en las investigaciones y enseñanzas de los diversos campos de las humanidades unas exigencias científicas hasta entonces desconocidas en España. Su impacto fue mayor debido a una cualidad (rara en medios culturales españoles) que él poseía: la de ser capaz de levantar y dirigir centros de investigación donde tuvieran cabida «maestros» en ciernes que, mediante el desarrollo libre de sus capacidades, realizaran una obra propia, haciendo las «cosas» (a que Américo Castro se refiere) que había que hacer.

Durante los veintidós años que van desde 1914 (en que fundó la *Revista de Filología Española*) al comienzo de la Guerra Civil, en 1936, fue cuando Ra-

món Menéndez Pidal produjo, en sucesión, obras en los campos de la literatura juglaresca («*Elena y María*. Disputa del clérigo y del caballero», 1914), de la poesía oral («Poesía popular y romancero», 1914-1915, «La primitiva poesía lírica española», 1919-1920, «Sobre geografía folclórica», 1920, *El romancero, teorías e investigaciones*, 1928), de la epopeya («*Roncesvalles*. Un nuevo cantar de gesta español del siglo XIII», 1918), de la documentación filológica de la lengua antigua (*Documentos lingüísticos de España, I: Reino de Castilla*, 1919), de la literatura (*Poesía juglaresca y juglares: aspectos de la historia literaria y cultural de España*, 1924), de la lingüística (*Orígenes del español*, 1926), y de la historia (*La España del Cid*, 1929) que le atrajeron el reconocimiento general de los círculos académicos internacionales y, a la vez, del común de las gentes letradas del mundo hispánico. En estas y otras obras de este periodo Menéndez Pidal alcanzó un equilibrio entre tres diversos principios: la exigencia de que sus investigaciones siguieran siendo metódicamente exhaustivas y técnicamente precisas, la aspiración a construir generalizaciones de importancia para la historia y el deseo de que sus inducciones pudieran ser objeto de atención por un público letrado no necesariamente especializado, mediante el empleo de un lenguaje llano y bien trabajado, nada críptico, en que la claridad y amenidad prevaleciesen sobre la excesiva abstracción. Esta conjunción en su producción personal, de un respeto a los datos, una ideologización sutil de las conclusiones y una aparente sencillez, unida a la capacidad de ejercer, en los centros científico-culturales bajo su dirección, un firme liderazgo sin imposiciones dogmáticas, vino a convertir, en esos años, al un tiempo investigador apasionado por mantener su independencia y por distanciarse, con altivez, de la pereza, falsa suficiencia y firmemente arraigada insuficiencia reinante en la España intelectual de fines del XIX, en una de las cabezas destacadas de la *élite* dirigente, al menos en el ámbito científico y educativo, de la nueva España que parecía estar emergiendo.

En este largo periodo, la sucesión de diversas coyunturas políticas —Monarquía parlamentaria, Dictadura, República— no fue obstáculo para una continuidad de los proyectos personales, colectivos e institucionales de Menéndez Pidal. Aunque expresara públicamente sus disentimientos, sea con el Gobierno de la Monarquía (a causa de la política universitaria y la persecución del catalán emprendidas por Primo de Rivera), sea con el de la República (ante lo que creía principios de desintegración de la unidad político-cultural de la nación hispánica), ese su disentimiento no fue objeto de represalias, ni provocó coacciones. Incluso en los meses finales de 1936, ya revolucionarios, en que el ejército de África avanzaba sobre Madrid, Ramón Menéndez Pidal colaboró con el Gobierno republicano en la reforma de los organismos en los que ocupaba puestos directivos (reestructuración de la Junta para Ampliación de Estudios y de las Academias), antes de que, con la anuencia de ese Gobierno, abandonara la España en guerra con el pretexto de realizar misiones culturales en Burdeos, La Habana, Nueva York y París.

La Guerra Civil, primero, y la dictadura de corte totalitario de Franco, después, supusieron el colapso del mundo cultural del que Ramón Menéndez Pidal había formado parte y, asimismo, el fin de sus actividades como director de centros y de proyectos científicos colectivos. También supuso el exilio de sus discípulos y colegas más cercanos. Tras la Guerra, cuando Menéndez Pidal regresó a Madrid, hubo de retirarse de los centros que dirigía y continuar su vida, en aislamiento, en su casa del olivar de Chamartín, en lo que entonces era extrarradio de la ciudad. Ese retiro no le salvó de ser «depurado» y aún juzgado por un Tribunal de Responsabilidades Políticas. Menéndez Pidal, llegado a los 70 años de edad y sin experiencia previa para soportar reveses en su siempre ascendente carrera científica, pudo haberse sentido en los años 40 hombre acabado. No obstante, trató de continuar en la soledad del hogar familiar el plan intelectual personal que había concebido en su juventud, esperando, de una parte, que las agitadas aguas algún día volverían a su cauce natural, y convencido, de otra, que, con la llegada a la senectud, el hombre no tiene por qué cesar en su actividad creadora, ya que «el que cultivó cuando joven los entusiasmos primeros, mantiene después, como fuerza rejuvenecedora, el amoroso empeño de continuar la obra de las edades fuertes».

En su primera suposición se equivocó pues aunque, con el paso de los años, se le reintegrara a la presidencia de la Academia Española e, incluso, surgieran algunos intentos de utilizar su capacidad de dirigir actividades de carácter colaborativo (creando en dos ocasiones un «Seminario» bajo su dirección), los intentos fueron fallidos (ya que la institucionalización económica de esos seminarios no llegó a hacerse) y, en términos nacionales, no se produciría jamás esa vuelta de las aguas al cauce que los treinta años anteriores parecían haber definido en la vida cultural y política. Respecto a sus planes personales, una longevidad activa hasta cumplidos los 95 años hizo posible que, en los treinta últimos años que vivió después del fin de la Guerra Civil, siguiera dando a las prensas, uno tras otro, libros de ambiciosa construcción científica e ideológica (*Los españoles en la Historia*, 1947; *El Imperio hispánico y los cinco reinos*, 1950; *Romancero hispánico*, 1953; *La chanson de Roland*, 1959; *El padre Las Casas*, 1963). Hay que notar, no obstante, que el deseo de no quedar marginado (ni nacional ni internacionalmente) le llevó a dispersarse en sus actividades investigadoras, dejando, a la postre, inconclusas las obras de mayor aliento, las que venía elaborando desde más tiempo atrás (su *Historia de la lengua española*, su *Historia de la épica medieval*, la publicación integral del *Romancero*). Esa inquietud por hacerse presente en el mundo intelectual de la posguerra es también responsable de que sus libros tardíos denoten, en su arquitectura y en su estilo, el prurito de montar la defensa de su ideario, sea en los campos científicos de su especialidad, sea en lo tocante a la concepción de España como nación histórica, apartándose así, en cierta medida, de la metodología de raíces positivistas y de la mesura expositiva que habían sido sus principios esenciales en la elaboración de los libros producidos en su juventud y en su madurez.